



San Ignacio del Masparro, 27 de diciembre de 1984

SRA. MARIA VELAZ DE GARAYALDE.

Urbieta 66

San Sebastián-España.

Querida Marichu:

Esta carta del Masparro va también para ti, como continuación de la anterior. Se refiere a cosas que tú misma, en gran parte, has visto y a otras que estaban ya en marcha, antes de irte.

Conociste aquí a Don Manuel Lucio Escobar, que era el Presidente del Concejo Municipal en la Administración anterior. Como él sabe que yo quería comprar un bote con motor fuera de borda, para viajar y excursionar por estos ríos, al tener noticia de una oportunidad, vino a comunicármela.

Un pescador que llaman el Indio y que yo conocía de verlo pasar por el río a gran velocidad, era el vendedor. Ofrecía un bote de aluminio de dieciséis pies, en buen estado, con un motor Suzuki de cincuenta caballos.

Me interesó el asunto siempre. Teniendo el río rozando la casa donde vivimos, no tener un bote o una lancha, es como no tener unas ruedas para recorrer una magnífica autopista, que está a la puerta.

Ese día que Don Manuel Escobar vino a darme la noticia, estabas tú aquí y cuando se presentaron las tres Hermanas Teresianas de Enrique de Ossó y también llegó mi hermano el P. Manuel con mi cuñada Eulalia, volvió Don Manuel Escobar acompañando al Indio y trayendo, en un camión, la lancha y el motor.

Esa fue la razón de invitar a las Hermanas, a ti y a Eulalia a probar la lancha en el río.

Nos embarcamos, pero pronto se vio que la lancha tocaba fondo en muchos bajíos. El Indio quería demostrar la fuerza del motor y trataba de llevarnos a la mayor velocidad. Por más que yo le decía que anduviera más despacio, siempre aceleraba, pegando buenos rasponazos en el fondo.

Después dijo, que éramos muchos y bajaron Laly y dos Muchachos. Volvimos a probar y de nuevo a arrastrar la quilla del bote en los bajos fondos. Dimos una vuelta de trescientos metros aguas arriba. El Indio quería correr demostrando que su motor estaba en excelente forma.

Al fin le dije que nos llevara río abajo a la casa de Pánfilo Montoya. Tuvimos que atravesar dos carameras de palos enterrados en el fondo del río y pasar arrastrando muy despacio.

En un árbol cercano al sitio adonde íbamos, distante unos tres Kilómetros, había una gran bandada de chenchenas. Las Hermanas quisieron verlas más de cerca y desembarcamos.

La cabaña o caney de palma adonde íbamos estaba cerca y seguimos a pie. Yo tuve la mala suerte de tropezar, sin saberlo, con alguna mata cundida de garrapatas casi invisibles por lo pequeñas. Pero mi piel las sentía en las manos y en los brazos.

Me resigné a unos cuantos días de picazón, pues a mí las garrapatas me producen un abollonamiento muy fuerte en las picadas, además de pegarseme, por la espalda y en los sitios del cuerpo donde no alcanzo a verlas.

Llegamos al ranchito de Pánfilo Montoya. Yo tenía empeño en que las Hermanas y tú pudiérais ver cómo vive aquí esta pobre gente.

Con Pánfilo y su mujer Rosa, viven ocho nietos de un hijo que se llama Ramón. Los niños, fuera de que están mugrientos y harapientos, son bonitos. El rancho es un puro techo de palma.

Vimos las camas cubiertas por los mosquiteros, una canoa suspendida en las vigas del rancho y llena de arroz. La cocina es una mesa de madera bruta con una torta de barro de un palmo para proteger la madera del fuego. Encima había una parrilla. De las vigas también cuelgan mazorcas de maíz.

Hay anzuelos, chuzos, arpones y tarrayas para pescar.

Hay totumas de diversos tamaños para el agua y para otros menesteres de cocina, como amasar la harina para las arepas.

Cochinitos, gallinas, gatos y perros, conviven amistosamente entre sí y con las personas. Me complacía en imaginar aquellos niños con la cara limpia, un pantaloncito y una camiseta aseada y a las niñas bien peinaditas y con vestiditos de colores vivos, lavados y planchados.

Las Hermanas vieron allí lo que es pobreza y con qué poco se puede vivir. Yo considero este rancho como un modelo de vivienda llanera, pues dentro de su rusticidad, tiene algunas siembras, pescado en el río y con qué pescarlo en la casa. La canoa de arroz suspendida, fuera del alcance de los ratones, gracias a los gatos. Hay también algunos saquitos colgados, que me figuro que guardan grano, sea maíz o frijoles o quinchoncho. Las gallinas deben poner algunos huevos y están a mano para un hervido o para un caldo.

En suma, es una casa donde hay comida y donde habrá, con el tiempo, más bienestar, pues al lado, Ramón el padre de esa muchachera ha levantado unos corrales con horcones y viguetas de madera. Eso será porque ya tiene algo de ganado o segura esperanza de tenerlo.

Es decir, que aquí hay un hombre de trabajo, que sacará adelante a toda la familia. En los meses que llevo aquí, he visto cómo progresa. Por lo menos, como digo, hay comida en la casa. La higiene tendrá que progresar. Cuando los niños tomen agua limpia, que no

sea del río, tendrán menos parásitos y mejor color y estarán más fuertes. Si los deja venir a nuestra Escuela (pues Ramón es evangélico), los ocho muchachos y muchachas amanecerán a otro mundo nuevo.

Pero me gustaría que, mejorando el rancho con paredes, puertas y ventanas y mejor techo que el de palma, conservarían la sabiduría popular que poseen, pues a su modo, es una familia que tiene resueltos casi todos sus problemas de forma primitiva, pero ingeniosa y original.

El Indio supo encontrar mejor profundidad al regreso y volvimos en cinco minutos a todo motor.

Ya en San Ignacio, discutimos un cuarto de hora sobre la necesidad que yo preveía de probar el bote y su motor en el Río Apure. Al fin, el Indio y Don Manuel estuvieron de acuerdo conmigo de salir al día siguiente para Ciudad de Nutrias y para Bruzual a efectuar la prueba.

Las garrapatas me picaban por todas partes. Me tenían nervioso, pues aquella conversación me retrasaba el baño y el dejar sumergida toda la ropa que llevaba puesta, para que se ahogaran las garrapatas.

Acomodamos a las Hermanas en el cuarto nuevo, que tiene baño completo y tela metálica para la protección de los mosquitos. Acomodamos también a Eulalia, contigo en otro cuarto, donde están las papas y algunas otras cosas. A Manuel y a Basilio, los pusimos en otra pieza. En total, siete huéspedes. Además los Muchachos y yo, otros seis. En total, trece personas. Un pequeño Hotel, donde hace unos meses lo único que había era un espeso matorral.

Al día siguiente, el Padre Manuel contigo, Eulalia y Basilio se fueron para Mérida, al amanecer. Yo les di una vuelta por la finca y sus cultivos a las Hermanas Natividad, Belarmina y Viviana y después de desayunar salimos hacia el Río Apure con Gerardo y Francisco.

Don Manuel y el Indio llevaban en un camión la lancha y el motor. Nosotros en el Toyota blanco íbamos delante. Como a los Muchachos les gusta correr, llegamos a Nutrias mu-

cho antes que ellos. Visitamos la hermosa iglesia colonial. Visitamos también, brevemente, a las Hermanas de la Providencia y les anunciamos que posiblemente dejaríamos en su corral la lancha de aluminio que íbamos a probar en el Río Apure.

Nos habíamos adelantado como tres cuartos de hora. Lo cual nos dio tiempo para admirar el gran puente colgante de Bruzual. Desde él, es solemne y majestuoso el Apure. Para mí es un futurama de Venezuela y en especial del Estado Barinas y del Estado Apure.

Ese caudal inmenso será vía de transporte para miles de barcos, gabarras y lanchas rápidas. Ese volumen colosal de agua, fecundará millones de Hectáreas de pastos y cultivos variadísimos. A sus orillas se asomarán pueblos, ciudades y factorías. Venezuela pensará más que ahora en sus grandes ríos articulados por el "Soberbio Orinoco". Su pesca tratada técnicamente será alimento de multitudes, pues constituye un verdadero mar interior.

Llegó el camión con el bote. Nos acercamos a una orilla en la que una Bomba de Gasolina surte a carros, camiones y embarcaciones.

Sacamos el bote del camión, se le adaptó "el fuera de borda" y salimos disparados, aguas arriba, hacia San Vicente, con toda la potencia del Suzuki 50 y la visible satisfacción del Indio, que se llama José Rodrigo Rodríguez Bocanegra. Parece un nombre bien cuadrado y castizo, para un Almirante de Castilla o para un Adelantado de la era de los descubrimientos.

El río es ancho como de trescientos metros, salvo donde se abre en dos brazos, dejando islas en medio. Pero sobre todo el río es largo y promisor, como el futuro hacia donde marcha. Quizá el mar esté a mil quinientos Kilómetros de aquí. No lo he calculado bien, pero la ramazón de afluentes que forman la familia fluvial del Orinoco es muchísimo más extensa y larga.

Lo voy viendo como un camino lleno de promesas, de futuros encuentros gratificantes, de viajes compartidos entre un buen grupo de amigos compenetrados y fraternos. En él y en sus orillas están guardadas felices historias de

competencias deportivas y de relativos descubrimientos.

Digo relativos, pues ninguno de nosotros quiere arrebatarse la gloria del gran descubrimiento a Diego de Ordaz, o emular las aventuras de Raleigh, el pirata de la Reina Virgen.

Pero las orillas del Apure y de sus hermanos: el Arauca, el Cunaviche, el Capanaparo y el Meta, sin contar el Caura, el Cuchivero, tienen todavía miles de pequeños o grandes secretos guardados en sus paisajes, en sus gentes y caseríos, en sus raudales y cataratas, en sus bosques y minerales, en su avifauna y en su pesca fluvial y lacustre.

De vez en cuando adelantamos a piraguas largas, muy estrechas y que sólo levantan un palmo sobre el agua. En ellas viajan dos o tres personas, algún cochinito amarrado, con las patas maneadas al aire, con bultos de la compra hecha en algunos de los almacenes de Bruzual. "El fuera de borda" las empuja. Es como un joven vigoroso, de colores vivos, que hace correr sobre el agua un tronco ahuecado al hacha y al fuego, como los que impulsaban con una pértiga los indios hace diez mil años.

Mientras avanzamos río arriba, pienso que este bote y este motor que le voy a comprar al Indio nos pueden llevar siempre hacia adelante, por esos senderos de Dios, donde su Providencia nos tiene escritas, hace milenios, las profecías de la Venezuela que soñamos. Fe y Alegría quiere conocer esa Venezuela, todavía inédita, tan desconocida al menos como esos pescadores, que pasan día y noche sobre sus piraguas, sacándole al río su sustento.

Cruzamos delante de la boca del Masparro. Ahora está muy baja el agua, pero espero que en invierno podremos entrar y salir por ella, hasta las puertas de San Ignacio.

Más adelante pasamos frente de la boca del caño Morrocroy que, según Don Manuel, que viene con nosotros, antes era río, pero no sé por qué sortilegio, quedó convertido en Caño.

Don Manuel cuenta que una vez, siendo joven, anduvo pescando bagres por ese caño y que los había en abundancia, pero por eso mismo, dada la cantidad de comida que esto suponía, el cauce estaba lleno de caimanes

grandes. De los pequeños o crías había centenares en los remansos.

El Indio añadió que el Caño Morrocroy era abundantísimo de pesca en invierno, cuando estaba bien lleno. Que por ahí y en general en el mismo Apure, él llegaba a pescar, en un día y una noche, hasta por mil y mil doscientos bolívares. Yo le dije: pues Rodrigo, entonces te hiciste rico. Por eso tienes tantas lanchas y motores fuera de borda. No... no crea... uno quedaba tan cansado, que tenía que dedicar el día siguiente a dormir...

A pesar de que vamos a favor del viento, éste es tan fuerte por la velocidad del bote que tenemos que llevar los sombreros en las manos, para que no se nos vuelen y se ahoguen en el río.

Vamos alrededor de a cincuenta por hora, que en el agua es bastante rapidez. Yo voy recostado en la borda para descansar la espalda a horcajadas sobre el banco. Todos nos sentimos confiados en la pericia del Indio José Rodrigo Rodríguez Bocanegra cuando, de repente, el bote da un frenazo en el fondo arenoso, sacándome del banco y tumbándome de costado en la lancha. Ha sido un bajío en el cual hemos quedado bien encallados.

El Indio, un poco azorado, echa una pata al agua, que apenas le llega a la rodilla empujando el bote, hasta que nos saca a un poco más de profundidad. Entonces le increpa al marinero, que va en la proa, porque no le ha avisado del bajío que se nota por el rizado de la corriente.

Seguimos veloces. Las nubes, algunas blancas y otras blanquísimas, como témpanos de hielo azotadas por la luz, son el panorama alto del cielo. A veces éste se abre en mares intensamente azules, como "el azul pintado de azul", en fuerte contraste con el río de color barro casi oscuro. Se impone en esta navegación el poder de la cúpula caliente, cargada con rebaños de nubes, que bogan hacia rumbos desconocidos para nosotros.

Ese dombo majestuoso traza poderosamente el círculo del horizonte y se apoya con fuerza en él. Vamos acercándonos a San Vicente, un pueblito unido por carretera asfaltada con Bruzual. Se ven las primeras casas

muy esparcidas. Más adelante atracamos a una especie de embarcadero, donde están acostadas numerosas piraguas y canoas.

Caminamos por un dique de tierra que defiende el pueblecito de las inundaciones del Apure. Llegamos a un restaurante rústico donde venden refrescos y donde se puede encargar un almuerzo. No tienen hueso para hacernos un hervido. ¿Qué tienen, pues...? Arroz con carne.

Entretanto tomamos unos refrescos helados, que no faltan ni en el último rincón de Venezuela. Después almorzamos la carne con arroz que está bastante blanda y sabrosa.

Una vuelta por el Pueblo con el calor de la una y abandonamos San Vicente que tiene electricidad, escuelas, Iglesia, un buen dique y agua potable. Es bastante, en una aldea de Apure. Me dicen que como es un Pueblo de ganaderos, hay mucho dinero.

Ahora el viento nos da de frente y vamos a favor de la corriente. Las orillas forman barrancos de unos dos metros. A veces forman playas arenosas. Muy de tarde en tarde, se ven chozas de pescadores.

Las riberas no son frondosas, como en otros ríos más pequeños, por ejemplo en el Masparró, donde los bosques de galería acompañan casi siempre a los ríos.

Alguna que otra casa sola después de un gran trayecto. Solas, atterradoramente solas, se me aparecen, como el centro de la misma soledad. Su gente debe tener un psicología uraño y silvestre.

El viento forma pequeñas olas, que hacen saltar la lancha, que da tabletazos sobre el agua. Se ven algunas gaviotas y unas pocas garzas, de vez en cuando. Al Indio las largas mechadas de pelo negro revueltos le escobillean la cara, pero mira atento la corriente, para sortear los palos enterrados en el lecho del río y los bajíos de arena.

Todavía nos falta como un cuarto de hora para llegar a Bruzual y se nos está agotando la gasolina. Puro descuido de imprevisión del Indio, que salió sin llevar el tanque lleno.

Atracamos cerca de una casa, asomada al río sobre una barranca alta, como de tres me-

tros. Es de láminas viejas de zinc. Saludamos, nos sentamos y la mujer empezó inmediatamente a poner el agua para hacernos el café.

Veo tarrayas colgadas en los postes del rancho, arpones, lanzas y chuzos para pescar, lanzándolas sobre el aguaje que hacen, sobre todo los peces grandes al moverse bajo el agua turbia. Todos estos instrumentos, a manera de venablos arrojados, están amarrados a una cuerda delgada pero fuerte, que permite recuperarlos fácilmente tras el lanzamiento. A nuestros hábitos ciudadanos se nos hace difícil comprender que estos "expertos" vean por el movimiento del agua, que no es transparente, al pez que nada oculto. Pero lo atraviesan y así lo capturan.

Compramos la gasolina al dueño de una de las piraguas con "fuera de borda" que estaban acostadas al pie de la casa, y seguimos hacia Bruzual después de tomar el café y explicar que en el próximo Octubre empezaremos el Instituto de San Ignacio del Masparro.

El dueño de la casa, un hombre alto y bien y plantado, me explicó que tiene cien hectáreas y algo de ganado. Para los hijos de estos Campesinos-Pescadores, debiera ser San Ignacio del Masparro, para que aprendan a desarrollar las muchas posibilidades de sus tierras y de sus ríos.

Yo opino que no es la primera necesidad del Llano repartir tierra a los Pobres, sino enseñarles a cultivar la que una gran parte de ellos ya tiene. El fracaso radical de la Reforma Agraria Reparticionista, es no haber preparado antes la cabeza y los hábitos de los Campesinos, para ser propietarios de una parcela suficiente en producción, para sustentar una familia.

Tu hermano.

P. José María Vélaz S.J.